ALGO MAS SOBRE LA POESIA Y LAS MECANOGRAFAS

Las mujeres sienten hoy poco interés por la poesía

Por LEOPOLDO DE LUIS

CONFIESO que doy principio a este artículo dudando un poco si no será todo gana de pasar el rato, y preferible dejar que la cosa se pierda en ese tono mitad eutrapélico, mitad sentimentaloide, con que Marichu de la Mora escribe su «Los poetas y nosotras» en uno de los últimos números dominicales de *Arriba*. Es curioso el epígrafe bajo el que aparece: «Modas». No lo creo el más adecuado. (Aunque, bien visto, quizá haya un fondo de impensada razón, pues, al fin y al cabo, tan sujeto a modas y a modos anda este tema de la expresión verbal poética.) ¿Merece la pena insistir en estas cosas, de las que tanto se ha escrito? ¿No parece un poco increíble que, a estas alturas, se diga lo que en el comentado artículo se dice—si es que se dice en serio—, «como si todo el monte fuese orégano», y permítaseme esta expresión codornicesca?

Hagamos la justicia de creer que Marichu piensa algo más y algo mejor de estos problemas, y perdonémosla la debilidad, tan femenina y tan simpática, de que le encante oírse llamar «¡Chata mía!», con una ternísima emoción de poesía cotidiana y casera. Perdonemos también su fobia pastoril, aunque nos duela dejar con ello a un lado una poesía tan lozana, tan jugosa y, creíamos —nunca acaba uno de entenderlas—, que tan asequible y grata a las mujeres, por su donaire, su gracejo, su soltura, como la del Marqués Don Iñigo.

Ahora bien: aun a riesgo de incurrir en esa enternecedora vanidad de que Marichu nos acusa, quisiera aprovechar para decir una nueva vez—¡cuántas ya, Señor!—que si en serio se quiere hablar de poesía, no puede constreñirse, reducirse, empequeñecerse de tal forma el sentido de la palabra poeta, que no puede significar meramente autor de versos, sino autor de creaciones, que, por serlo, son también verdadera poesía. El poeta practica—debe practicar—un arte creativo, de invención, arte que se hace de dentro afuera, producto de una intuición o concepción personal.

El poeta es un hecho social, y su existencia y su obra no pueden estar supeditadas a un gusto, a una determinada estimación. No es un actor teatral, un cómico, sino el producto de una sensibilidad frente a un mundo, y su relación con los demás hombres es la transmisión espiritual de su creación imaginativa. La poesía lírica se engendra en el alma, en un sentimiento individual, que ha de tender a desbordar el momento emocional en que nace, para recrearlo en el lector. Debe por ello procurar que su individualidad alcance un valor genérico. Pero sin pretender que esta transmisión tenga relación con el inferir racional lógico. La poesía tiene su lógica propia, su propia razón. Su misión es situarse, afincar en el mundo emocional del hombre, sin otros elementos que la pura sugerencia, la evocación, logradas a través de la palabra exacta, alquitarada, reencontrada en cada expresión, en una relación imaginativa con todas las cosas. Esto, y nada menos, es la poesía. Para hallar esos argumentos moviditos, que vayan pronto al grano, bien haría Marichu en aconsejar a sus lectoras las novelas rosa de Margarita Miranda o las comedias de D. Adolfo Torrado.

Viene a citarse en el artículo un autor: Campoamor, a quien sinceramente estimo que la poesía actual no puede tomar en cuenta. Ni es ocasión, ni necesario, que yo hable aquí del valor de la poesía que este señor cultivaba. Me importa solamente decir que lo considero al margen de este momento histórico de nuestra poesía de hoy, y sus poemas fuera de actualidad. En cambio, es imposible decir que Bécquer no tiene una vigencia real y emotiva. Porque su poesía—de lo poco salvable en el naufragio del huero romanticismo español—es de un perdurable lirismo auténtico. Pero no olvidemos que, contra la pacotilla literaria, más o menos armoniosa, la línea becqueriana fué recogida por las dos figuras que más honda huella marcaron en la poesía moderna española: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

Evidentemente, a nuestra actual poesía se ha incorporado esta línea auténticamente lírica, y rastreando su fluidez viva, la encontramos bien clara, bien pura, en—valga el ejemplo—el «Romancero de la novia», de Gerardo Diego; en el «Canto cotidiano», de Azcoaga, o en buena parte de los sonetos de García Nieto, aunque en estos últimos haya un empeño más racional, más constructivo, adquirido en versiones guillenianas.

Si lo que Marichu de la Mora pretende decir, en definitiva, es que la poesía debe tener un contenido humano, me parece excelente. Pero, entonces, debemos justamente reconocer que lo mejor, lo verdadero, lo estimable—por consiguiente—, del actual movimiento poético, ha superado el proceso de la huera elaboración de imágenes, del frío conceptualismo, de lo puramente ornamental, para abrazar una creación desde el fondo del sentir y del pensar humanos.

Ahora bien: el tema amoroso, el problema sentimental, es, sin duda, uno de los más serios que al hombre se le plantean. Pero no es el único. Es verdad que tiene una enorme influencia en su vida y en sus obras. Mas la poesía lírica es poesía del sentimiento, y en el corazón humano hay otros que compartir con el del amor a la mujer.

Aunque no el único, es, sin duda, de muy frecuente aparición en la temática de la actual poesía. No resisto la tentación de transcribir un ejemplo admirable y de una calidad poética prodigiosa: Este soneto que Dámaso Alonso nos da en su «Oscura noticia»:

«CIENCIA DE AMOR

No sé. Sólo me llega en el venero
de tus ojos la lóbrega noticia
de Dios; sólo en tus labios la caricia
de un mundo en mies, de un celestial gra-
[nero.

¿Eres nidio cristal, o ventisquero
destructor? No, no sé... De esta delicia
yo sólo sé su cósmica avaricia,
el sideral latir con que te quiero.

Yo no sé si eres muerte o si eres vida,
si toco rosa en ti, si toco estrella,
si llamo a Dios o a ti cuando te llamo.

Junco en el agua o sorda piedra herida,
sólo sé que la tarde es ancha y bella,
sólo sé que soy hombre y que te amo.»

Este maravilloso soneto vale por todo el tomo de obras completas del Sr. Campoamor.

La queja aludida por Marichu, del poco caso que los poetas hacen a las mujeres, ¿no cabría—pues—formularla al contrario? ¿No sería más exacto decir que las mujeres sienten hoy—la mayor parte—poco interés por la poesía? Porque las mujeres actualmente, Marichu, leen bien poco. El cinema ha acabado de extirpar en ellas las escasas aficiones lectoras. Las que lo hacen no pasan de la cursi novelita rosa o de la biografía vulgar. Las muchachas de clase media, las que trabajan y las que permanecen en el hogar burgués siguen, como en los mejores tiempos de nuestras abuelas, viviendo a la caza de un novio. El matrimonio continúa siendo su único porvenir, su exclusivo horizonte. A él van, como sus antepasadas de hace medio siglo. O, mejor, con un poco más de frivolidad y bastante más maquillaje.

Las chicas que estudian, cuando concluyen el repaso en la árida prosa de texto, consumen sus horas libres en el salón de té o haciendo deporte.

Me importa hacer constar que nada tengo contra el cinema, contra el deporte ni contra el baile. No hago sino registrar el hecho de que la mujer apenas lee.

¿Es ciertamente difícil la poesía actual, o es—mejor—que ellas han quedado un poco retrasadas? Porque pretender que hoy se escriban cosas como «El tren expreso» me parece algo insólito.

En cuanto a la presencia física del poeta, a su rostro, sus ojos, su apostura y sus debilidades humanas, sus miserias humanas..., más vale no salir al paso de los términos en que el artículo de Marichu se expresa. Jamás creí que fuera confundible con los galanes de Pérez y Pérez. Acaso no esté mal citar aquel verso—esto sí que es un verso—de nuestro más grande y más hondo poeta de muchos años para acá:

«Ya recordáis mi torpe aliño indumentario.»

No olviden tampoco, ni Marichu de la Mora ni sus seguramente preciosas lectoras, para cuando quieran hablar de los poetas, que otro también nuestro—éste no tan profundo—dijo cierta vez, contestando a una dama—una dama que entendía de todo esto casi tanto como Marichu—, que el poeta sirve para todo lo que los demás hombres, y, además, para hacer poesía.

Y, para concluir, quiero afirmar que, en efecto, como dice Marichu de la Mora, el corazón de las mecanógrafas es una cosa muy seria. Y no creo que el autor de la frase quisiera poner en ella granitos de desprecio. Si fuera así, me parecería muy mal. Yo lo encuentro ciertamente serio. Lo que no creo es que haya que hacer una poesía especial, para uso de. Porque, al fin y al cabo, si van a emocionarse más que con un verso pulido, con un «¡Chata mía!» bien dicho, para qué molestarse, si eso está también al alcance de cualquier poeta.

Cartas de Cosmosia

El cuento de nunca acabar

Don Marcelino de la Mancha